



KO

CIENTO veintitrés segundos han hecho de Sonny Liston una gloria del deporte mundial. Hasta que el árbitro, Frank Sivora, contó los segundos de rigor sobre el derribado Floyd Patterson, el negro Liston era sólo un aspirante con escasas posibilidades y un feo historial. Diecinueve veces detenido por diversos delitos, Liston tenía su más ferviente hinchada en la prisión del Estado de Missouri. Para el público que llenaba el Comiskey Park de Chicago, Patterson era el hombre bueno, el que lógicamente — como en las populares películas del Oeste — debía ganar a su rival. Pero no fue así.

Sonny Liston se jugaba mucho. Puede decirse, que se lo jugaba todo. Pues con haber ganado casi un millón de pesetas por segundo — el combate duró 126 — lo importante en este caso era arrinconar su historia de viejo presidiario para convertirse en un americano más o menos ilustre. El telegrama del alcalde de Filadelfia no ha podido ser más expresivo: «Su éxito demuestra que el pasado de un hombre no debe dirigir su futuro. Yo sé que todos los habitantes de la ciudad están conmigo al desear a usted un feliz reinado, en la seguridad de que usted conservará la corona de acuerdo con la tradición de los campeones que le precedieron.»

Esta es la verdadera historia del k. o. que ha traído un nuevo campeón mundial. Liston tenía que ganar. Combatía contra Patterson y contra su propio pasado. Un pasado en el que también contaba la asociación con ciertas figuras de la trampa y la especulación boxística. Tras alcanzar a Patterson con un golpe de izquierda que le proyectó contra las cuerdas, dos ganchos pusieron al hasta entonces campeón fuera de combate. Era su 27 victoria consecutiva. Era ya un campeón mundial del que se enorgullecía su ciudad de Filadelfia.

A UN PASADO DETESTABLE

